

La insignia que comunmente llevaban los sumos sacerdotes de la ciudad de Méjico, era una borla blanca de algodón sobre el pecho. En los dias destinados á la celebracion de algun notable acontecimiento, bien religioso ó bien político, vestian ricos trajes de finísima tela, en que se veian pintados los distintivos de la divinidad á quien estaba dedicada la fiesta que se celebraba. El sumo sacerdote de los mixtecas, cuando la festividad era solemne, se presentaba con una fina túnica de algodón, en que se veian pintados los principales sucesos de la mitología. Sobre la delgada túnica lujosamente adornada, se descubria, limpia y con esmero puesta, una especie de sobrepelliz, cuya blancura rivalizaba con el ampo de la nieve: una lujosa capa, adornada de jeroglíficos signos de misteriosa significacion, colgaba con gracia sobre sus hombros; un lienzo blanco de algodón, de finísimo tejido, llevaba pendiente del brazo derecho; otro lienzo no menos limpio y delicado pendia de sus hombros, y sobre su cabeza resplandecia un rico penacho de vistosas plumas, artísticamente tejidas, donde brillaban diminutas figuritas de oro, representando diversas divinidades de su falsa religion.

Seguia á la alta dignidad de sumo sacerdote, la del encargado de velar sobre la exacta observancia de los ritos y ceremonias; de la conducta de los directores de los seminarios; de castigar á los sacerdotes que no cumplieran con su sagrado ministerio, y de cuidar, en fin, de que nadie se desentendiese de las obligaciones que se habia impuesto al admitir el puesto que ocupaba. Para poder desempeñar eficazmente su difícil cargo, tenia dos vicarios que observaban, con infatigable actividad, todo lo que era

necesario examinar, uno de los cuales era el superior general de los seminarios.

A las dignidades referidas, seguia el ecónomo de los santuarios; el compositor principal de los himnos destinados á cantar en las fiestas; el maestro de ceremonias; el de capilla, que tenia á su cargo enseñar y dirigir el canto, y otro número considerable de sacerdotes encargados de diversos ramos que seria prolijo mencionar.

En la capital de Méjico, lo mismo que en las demás ciudades del imperio, existia en cada barrio un sacerdote principal, encargado de dirigir en su distrito ó parroquia las fiestas y los demás actos religiosos, reconociendo siempre como superior al encargado de vigilar sobre el cumplimiento de los ritos y de todo lo relativo al culto.

Los asuntos relativos al servicio de los templos estaban repartidos en todo el cuerpo sacerdotal. Habia sacerdotes encargados de barrer el santuario; los habia destinados al adorno de los altares: cantores que entonaban himnos á las divinidades durante varias horas de la noche, y músicos que desempeñaban el mismo cargo durante el dia; habia sacrificadores, cuidadores del fuego sacro, compositores de canciones religiosas y poetas encargados de componer la letra.

Los sacerdotes lo eran todo en aquella sociedad, porque en ellos residia el talento y el saber.

Los sacerdotes eran los encargados de la educacion. La educacion de la juventud, el arreglo del calendario, las pinturas mitológicas, los adelantos de la juventud, los seminarios y las escuelas, todo se hallaba encomendado á los ministros del altar.

Una gran parte de los sacerdotes se teñían diariamente el cuerpo con un tinte negro, hecho de la madera aromática llamada *ocotl* (ocote), preparándolo como un espeso hollín reluciente y negro, sobre cuyo embarramiento se untaban otro de ocre, que les daba un matiz repugnante. Así desempeñaban durante el día sus deberes religiosos, y todas las noches, á determinada hora, se bañaban en unos espaciosos estanques que se hallaban en el recinto del templo. Ya he dicho que el cabello lo usaban sumamente largo y que lo llevaban formando una gruesa trenza embadurnada también de tinta.

Sacerdotisas y varias órdenes religiosas. No era el sacerdocio propiedad exclusiva de los hombres. El ministerio se veía ejercido igualmente por las mujeres, aunque estaban excluidas de alcanzar las primeras dignidades y del cargo de sacrificar víctimas humanas. Pero cuidaban del fuego sagrado, entonaban himnos, incensaban los ídolos, adornaban los altares, barrían el templo, y presentaban á los ídolos las oblationes de comestibles que diariamente se hacían.

Algunas de estas sacerdotisas se habían consagrado desde la niñez al servicio de los dioses, por promesa de sus padres; pero la mayor parte estaban por dos años, ya para cumplir con algún voto hecho por devoción, ya para lograr un matrimonio feliz, ya, en fin, por cualquier otro motivo de los muchos que nunca faltan á los desventurados seres de la especie humana. Las jóvenes que desde la niñez se habían consagrado al servicio de los dioses, en cuanto cumplían los diez y siete años, que era la edad en que debían casarse, se disponían para salir del templo. Sus padres, que para entonces les tenían dispuesto ya mari-

do, presentaban al encargado de hacer cumplir el culto, en bruñidos platos de curiosas labores, flores, delicados comestibles, copal, codornices, y un discurso en que, después de manifestar en expresivos conceptos su profunda gratitud por la esmerada educación que sus hijas habían recibido, terminaban solicitando la gracia de llevarlas al seno de sus familias. La solicitud era contestada verbalmente, con otro discurso bien sentido, accediendo á la justa solicitud de los padres, y exhortando á las jóvenes á la práctica de las virtudes y al cumplimiento exacto de los sagrados deberes del matrimonio.

Varias eran las órdenes religiosas que había de hombres y de mujeres; pero una de las más dignas de conocerse era la del dios del aire Quetzalcoatl. La vida que en los monasterios dedicados á la expresada deidad hacían los jóvenes de uno y otro sexo, era sumamente austera. Practicaban duras penitencias, donde se sacaban sangre de varias partes del cuerpo; ayunaban con frecuencia; pasaban parte del día elevando himnos á su deidad; se bañaban siempre á media noche; velaban hasta poco antes de amanecer, y tenían libertad para marchar á los montes á la hora que quisiesen, así antes de ponerse el sol como después de haberse ocultado, para martirizarse el cuerpo con terribles flagelaciones. El traje que usaban era altamente modesto.

Austeridad observada por los superiores de los monasterios. La austeridad que observaban los superiores de esos monasterios, era excesiva. Su vida estaba dedicada á la mortificación y á las privaciones. A nadie visitaban más que al rey y eso únicamente en circunstancias precisas. La

manera de ingresar en la órden de Quetzalcoatl era la siguiente. El padre que anhelaba que algun niño suyo fuese recibido, convidaba á comer al superior, quien enviaba en su lugar á uno de los sacerdotes que elegia para el caso. El fiel representante tomaba al niño, y lo presentaba al superior; éste le tomaba en brazos, elevaba una religiosa oracion al dios Quetzalcoalt, ofreciéndole la criatura, y en seguida le ponía un collar al cuello, que debia llevar durante siete años.

Transcurridos dos desde la presentacion, el superior practicaba en el pecho del niño una incision, que era, lo mismo que el collar, el signo de su consagracion. Cuando se cumplian los siete años, el padre del jóven dirigia á éste un moral discurso, exhortándole á practicar todas las virtudes, á no faltar en lo mas leve á las buenas costumbres, á respetar á sus superiores, á rogar á los dioses por la felicidad de los séres que le dieron la vida, así como por la dicha y prosperidad de la patria, y en seguida entraba en el monasterio.

Habia otra orden en que estaban juntos jóvenes y niños, que tambien se consagraban desde la infancia al culto, casi con las mismas ceremonias que los dedicados al dios del aire. Pero los miembros de esta *órden de jóvenes*, que así se llamaba, no vivian en comunidad, sino en sus respectivas casas.

En cada barrio de la ciudad tenian un superior; y todos los dias, á la caida del sol, se reunian en una casa á bailar, entonando á la vez himnos en elogio de su divinidad. Concurrían á esta ceremonia personas de ambos sexos, guardando siempre el mayor órden y compostura,

pues la mas leve falta hubiera sido castigada rigurosamente.

Pero la órden mas notable era una que habia entre los totonacas, compuesta de ancianos, monjes de acrisolada virtud, consagrados al culto de Centeotl, diosa de la tierra y del maíz. A esta órden no podian pertenecer sino hombres que habian cumplido sesenta años de edad, viudos, de moral intachable, de costumbres honestas y verdaderamente castos. Vivian entregados á la oracion, al recogimiento, al estudio, y á presentar en pinturas jeroglíficas los principales puntos de la historia. El número de ellos era fijo, y solo cuando alguno moria, podia entrar otro á ocupar su lugar. Era grande la veneracion en que el pueblo les tenia, y siempre que algun individuo se encontraba afligido por algun negocio, iba á consultar con los monjes lo que debia hacer. Los sacerdotes escuchaban sentados, con profunda atencion, llenos de amabilidad y con los ojos bajos, lo que les decian, y el consejo que en seguida daban, era admitido como pronunciado por el oráculo.

La incensacion era una de las primeras atenciones de los ministros de la religion azteca. Cuatro veces al dia, como tengo ya dicho, incensaban á sus ídolos, y nueve al sol. Para el desempeño de cada cosa perteneciente al culto, habia sacerdotes encargados de dar cumplimiento á la que les pertenecia. Pero el cargo mas importante y distinguido, el principal y mas honorífico, era el de los sacrificios. El presente de víctimas humanas se consideraba como el mas grato á las divinidades del culto azteca, y sacerdotes distinguidos tenian que ser los que ofreciesen

la sangre de aquéllas en el altar de las segundas. Nada importante se emprendía sin que precediesen sacrificios. Se imploraba la proteccion de los dioses, sacrificando desventuradas víctimas, y otras nuevas volvian á sacrificarse cuando, verificándose algun fausto acontecimiento, se creía que habian atendido á la peticion hecha.

Seis sacerdotes eran, como manifesté al describir las fiestas de cada mes, los encargados de las hecatombes, y descritos están allí el traje que usaban y los pormenores del sacrificio ordinario.

Algo respecto de los sacrificios. El número de víctimas inmoladas, lo mismo que la forma de sacrificio y el sitio donde se verificaba el sangriento presente, cambiaban segun la categoría de la fiesta y las circunstancias del momento. Generalmente, la funesta escena se verificaba en el átrio superior del templo, donde estaba el altar destinado á los sacrificios: sobre su piedra, convexa en la superficie, tendian á la víctima, le sujetaban entre cinco los piés, las piernas y la cabeza, y el sexto, abriéndole el pecho con un afilado cuchillo de *iztli*, le sacaba el corazon, le presentaba al sol, lo arrojaba en seguida á los piés del ídolo, volvía á cogerlo para presentarlo á la divinidad, lo quemaba, y permanecía un instante contemplando sus cenizas. Cuando el ídolo era hueco y de proporciones colosales, solia el sacrificador introducirle en la boca, con una cuchara de oro, el corazon de la víctima. Otras veces untaban los labios de la espantosa imágen de la falsa deidad y la cornisa de la puerta del santuario, con sangre del infortunado que habia perecido.

Si era prisionero de guerra el sacrificado, despues de

arrancarle el corazon, le cortaban la cabeza para conservarla, como tengo referido; arrojaban el cuerpo por las escaleras al átrio inferior, donde lo esperaban el oficial ó soldados que le habian hecho prisionero, y cortándole los muslos y los brazos, los llevaban á sus casas para guisarlos y comerlos, mientras la parte del vientre se destinaba para el alimento de las fieras de la casa real. Cuando el sacrificado era esclavo, su amo se apoderaba del cuerpo, y se lo llevaba con el mismo objeto de guisarlo y de comerlo, en union de los amigos mas predilectos.

Los otomites vendian en el mercado la carne del prisionero sacrificado. Los otomites, mas comerciantes en este punto que los mejicanos, dividian los miembros de la víctima en pedazos regulares, y los vendian en el mercado, como hoy se vende la carne de ternera.

Pero no todos los sacrificios se hacian sobre la convexa piedra de los altares, pues ya hemos visto, al referir las fiestas celebradas durante los diez y ocho meses del año, que unos eran quemados, otros ahogados en el lago, que algunos morian de hambre y de sed, encerrados en las cavernas, no pocos en el sacrificio gladiatorio, y bastantes mujeres sobre la espalda de otras, donde recibian la muerte.

Los zapotecas sacrificaban niños á ciertos númenes pequeños que tenian; hombres á los dioses, y mujeres á las diosas.

Horrible fiesta. Los habitantes de Cuauhtitlan celebraban cada cuatro años una fiesta al dios del fuego, verdaderamente terrible. La víspera de la funcion plantaban en el átrio inferior del templo, seis árboles muy altos, y sacrifi-

caban dos esclavos, á los cuales, despues de sacrificados, les arrancaban la piel y les sacaban los huesos de los muslos. Vestidos con las ensangrentadas pieles, arrancadas á las víctimas, y ostentando los huesos de ellas en las manos, se presentaban al siguiente dia, que era el de la fiesta, dos sacerdotes, bajando á paso lento del templo y dando espantosos gritos. «Aquí están ya nuestros dioses que se acercan;» exclamaba en alta voz la multitud, que se hallaba agolpada al pié del templo. Los dos sacerdotes, continuando con la misma lentitud su marcha, llegaban al átrio inferior, y entonces empezaba un baile en que el ruido de los instrumentos, mas que para facilitar el compás y halagar el oido, servia para destrozarse el tímpano y causar una profunda sensacion nerviosa. Mientras con monótono movimiento bailaban los que á su cargo tenian la danza, el pueblo sacrificaba un número considerable de codornices, que muchas veces llegaba, y algunas pasaba, de ocho mil.

En cuanto terminaban las anteriores ceremonias, seis sacerdotes subian á los árboles, llevando igual número de prisioneros; les ataban á las ramas, y dejándoles allí para que sirviesen de blanco á las flechas disparadas por el pueblo, descendian inmediatamente. Cuando habian bajado al suelo, ya los prisioneros habian espirado, cubiertos de millares de flechas, que el pueblo les habia disparado. Los sacerdotes volvian entonces á subir á los árboles, desataban los cadáveres, los arrojaban al suelo, y acto continuo les abrian el pecho y les arrancaban el corazon, como era costumbre entre aquellos pueblos. Las codornices, lo mismo que los muslos y brazos de los prisioneros, se distribuian entre los sacerdotes, los no-

bles y los grandes, y bien cocidos y condimentados, eran el plato principal de los suntuosos banquetes con que terminaban aquellas terribles fiestas.

Los tlaxcaltecas, en una de sus principales festividades, ataban á un prisionero en una cruz altísima, y disparando sobre él una lluvia de flechas, moria, sufriendo espantosos dolores: otras veces, por el contrario, le ataban á una cruz muy baja, y sobre ella moria á palos.

No se reducian únicamente á víctimas humanas los sacrificios de los antiguos aztecas. Tambien hacian en número considerable sacrificios de animales de diferentes especies. Al sol, en cuanto asomaba en el Oriente, sacrificaban diariamente codornices; á *Huitzilopochtli*, codornices y esparavanes; y á *Mixcoatl*, diosa de la caza, conejos, coyotes (especie de zorras), liebres y ciervos.

Terribles penitencias y rigurosos ayunos de los sacerdotes. Sorprende el rigor que consigo mismos usaban la mayor parte de los sacerdotes, para hacerse gratos á los ojos de sus dioses. Acostumbrados á verter en los altares la sangre de las víctimas, eran pródigos de la suya en los actos religiosos. Casi diariamente se sacaban sangre de sus miembros, perforándolos, y aplicándose agudas espinas de maguey que penetraban en sus carnes, hiriéndoles brazos, piernas, párpados, frente, pecho y orejas. Creyendo insuficientes estos tormentos, introducian pedacitos muy delgados de caña en los agujeros hechos con las espinas aumentando progresivamente el grueso de la cañita, á fin de que manase en abundancia el rojo líquido de sus cuerpos. Satisfechos del terrible martirio que se imponian, guardaban la sangre vertida de sus miembros, en